



HOMBRES DE REVOLUCIÓN





HOMBRES DE REVOLUCIÓN

FELIPE ACOSTA

Hicimos una misa en la Academia Militar el primero de marzo, en honor, *in memoriam*, a un buen soldado que se nos fue en El Caracazo, junto al pueblo. En aquella tragedia perdimos al “Catire” Felipe Acosta Carlez. Hay un corrió, que anda recorriendo los llanos y los valles de Venezuela, que me salió del alma. Yo estaba muy enfermo ese día, con lechina, y recuerdo a una vecina y comadre, esposa de un compañero de armas, que me gritó por la ventana de la casita donde vivía con mi familia: “¡Hugo, mataron al ‘Catire’ Acosta!”. Con el llanto y el dolor, esa misma noche tomé esa frase de mi comadre. Esa voz nunca la olvidaré: “Mataron al ‘Catire’ Acosta”. Ya estaba muerto a esa hora del primero de marzo en El Valle, en El Caracazo.

Una muerte muy extraña, como muchas de esas muertes que quedaron en el camino. El “Catire” Acosta era uno de los jefes del Movimiento Bolivariano y lo mandaron a cumplir una misión por allá. Y él, valiente, conciente, parece que estaban disparando desde el cerro y habían herido a un soldado por allí en El Valle. Entonces, él se metió y dijo: “No, vamos hasta allá a capturarlos o a neutralizarlos”. Se fue con un grupo pequeño de soldados y en el camino recibió un tiro en el pecho. Me cuenta un sargento que iba detrás de él, con quien hablé después para preguntarle

cómo murió el ‘Catire’: “Mire, el Comandante Acosta dio la vuelta, me miró y dijo: ‘Me mataron’”. Fue un buen amigo y un gran soldado. Nunca lo olvidaré y se lo dije a su madre, que es también como la mía. La viejita se vino del Guárico a la misa con sus hijos, sus nietos y bisnietos, con sus leales y amigos de toda la vida, los compañeros de la promoción Simón Bolívar que le vimos siempre de primero.

El “Catire” Acosta era como el Negro Primero. Siempre iba de primero en el trote, en la carga de caballería, en el avión para lanzarse de paracaídas, a la hora de cualquiera actividad estaba siempre ahí. Siempre con su estilo, con su alegría, llanero del Guárico, con su empuje el “Catire” Felipe Acosta. Cristóbal Jiménez me ha honrado grabando aquel poema “Mataron a Felipe Acosta”. Y ese poema era premonitorio. Una vez lo declamé en el teatro de la Academia Militar y me llamó un grupo de jefes militares: “Mire, mayor, y usted por qué dice eso”. “Bueno, un poema”. “¿Pero qué poema es ese?”. Un poema y entre otras cosas anuncia lo que venía. Yo no pude venir a su entierro, no pude despedirme físicamente. Pero muchos de los muchachos, especialmente del Ejército, me cuentan que fueron a ver su cadáver en el gran salón de la Academia Militar donde estaba en capilla ardiente; a jurar delante de su cadáver la lucha, a jurar la batalla, a jurar la patria de nuevo. Así que la muerte de él fue vida y aliento para muchos, por eso no es muerte. “Los que mueren por la vida no pueden llamarse muertos”.

Recuerdo cuando se juramentó en el Movimiento Bolivariano. Su esposa había salido a hacer mercado. La señora Cecilia se llevó la niña mayor; era sábado y él se quedó cuidando los niños más pequeños. Yo fui a buscarlo a Mata Redonda, por allá en Maracay, porque teníamos reunión y él iba a juramentarse ese día. Así que se trajo a los niños. Yo le tomé juramento de darle la vida a la patria y los niños vieron a su padre y levantaron la manita. Juraron

con él, son como hijos de todos, ¡Gloria a ti, hermano Felipe Acosta! Dice el poema, en una parte que se la tuve que quitar, porque era demasiado abierto lo que se quería decir en esos años: *Quien lo mató no imagina lo que vendrá en adelante / ni la fuerza que ahora palpita dentro del alma de estos pueblos que tienen siglos con hambre / luchando a tambor batiente contra el invasor infame.*

En una ocasión, tenía como año y medio que no lo veía, y nos vimos aquí en Fuerte Tiuna y como siempre me grita de lejos, y viene un abrazo. Recuerdo que le dije: “¡Epa, no me dejes solo!”. Me dijo: “¡Jamás te dejaremos solo!”, y ahí le metí entonces al poema ese pedacito: *¡Epa, no me dejes solo! / ¡No te nos vayas compadre / que el cacique Guaicaipuro reunió sus tribus del Valle / que José Leonardo Chirinos ya levantó su negraje / que Francisco de Miranda izó las velas del Leander / que Simón Rodríguez anda reventando oscuridades / No te nos vayas ahora / No te nos vayas compadre / Y ayer mismito en la tarde despertó el Catire Páez / que mi general Bolívar en junta de comandantes recibió a Ezequiel Zamora y a todos sus federales / que el cielo está encapotado anunciando tempestades / no te nos mueras ahora / no te nos mueras, compadre.*

CORRÍO DEL CATIRE ACOSTA

*Oigan a Felipe Acosta, / oigan su grito indomable
en la boca del cañón / cuando se lance el ataque
en la defensa enemiga / cuando la quiebre el infante
cuando rompan el sonido, / cien aviones de combate
cuando mil paracaidistas / caigan en los terrenales
y cuando hagan temblar / la tierra cien divisiones de tanques
y cuando la caballería / lance su carga salvaje
oigan a Felipe Acosta, / oigan su grito indomable.
Sigues aquí con nosotros, / no te mataron compadre.*

PUNTO DE ENCUENTRO

Usted busca La Encrucijada de Aragua. Conseguirá unos sitios muy hermosos donde venden comida popular, cachapas, chicharrón, pernil... ¡Cuidado con el colesterol! No abuse. Ese era un punto de encuentro de los revolucionarios del Movimiento Bolivariano en la primera etapa. Ahí nos veíamos, en La Encrucijada de Aragua. Porque era cerca de todo, ahí estaba Maracay. A toda hora, sándwich de pernil y chicharrón. Hay una chicha muy buena. ¿Conoces a la señora Petra, que vende las cachapas? ¡Ajá!, yo sí me conozco todo eso.

A veces, me paraba a la una de la mañana a esperar a los muchachos. “¿A quién esperas?”, “No, esperando a Diosdado”, o ellos me esperaban a mí, o venía Blanco La Cruz de no sé dónde. Ahí nos veíamos y nos escondíamos en casa de Lugo López, que vive por ahí cerca. Hugo López es un mayor llanero, de allá de Guárico. Ese muchacho atacó el 27 de noviembre la cárcel de Yare, a pesar de que tenía muy pocas fuerzas. Y nosotros dentro, desesperados por no poder hacer nada, encerrados ahí en las celdas. Lo primero que sonó fue un mortero que cayó en el patio de la cárcel. ¡Boom! “Empezó la revolución”, dijimos. Y comenzó un ataque a Yare con un grupo de oficiales, de suboficiales y de civiles que se incorporaron tratando de sacarnos. Ellos no pudieron entrar y se replegaron. Lugo López cogió sabana, se fue al frente de una fuerza que se replegaba, cogió pa’ los llanos del Guárico y allá se entregó. El mayor Edgar Lugo López, nunca olvidaré su amistad, su paciencia y sus sentimientos de buen hombre llanero y de buen soldado.

Y Luis Figueroa, este muchacho que ustedes ven, fue presidente de la Federación de Centros Universitarios de la Universidad Central de Venezuela, líder estudiantil, líder social y sigue siéndolo. Fue uno de los jóvenes que fusil en mano se fueron a Yare el 27 de noviembre a tratar de liberarnos de aquella prisión. No pudimos avisarles que

no lanzaran el ataque; ese movimiento fue delatado. Arias Cárdenas y yo, que no dormimos, estábamos muy preocupados porque ya sabíamos que los estaban esperando. Oímos los ruidos, estaban ubicando una ametralladora en el techo. Intentamos llamar por un radio toda la madrugada. Me quedé ronco: “Águila no sé que, llamando...”. Nada, no nos comunicamos con nadie. Como a las siete de la mañana sonó el primer mortero en el patio de la cárcel, dijimos: “¡Llegaron!”, y se armó el tiroteo ahí.

Lástima que no nos llegaron las armas. Yo preso y tirado en el suelo por la plomazón. Después agarraron una máquina que estaba por ahí. Me asomé y la vi, pero la volaron. Por cierto, un teniente larense, que estaba retirado y se incorporó a ese grupo de combatientes, perdió un ojo. Iba manejando la máquina como fuerza de choque, pero le tiraron con un cañón antitanque. Hubo algunas bajas nuestras, algunos heridos. Los muchachos se replegaron cerro adentro, porque si no, los hubieran masacrado. Los estaban esperando con ametralladoras y cañones antitanque.

DE AHÍ VENIMOS

Recuerdo cuando nos reuníamos medio clandestinamente. No estoy hablando antes del 4 de febrero. Estoy hablando del año 1996 y 1997. Reunirse con Hugo Chávez era como estar a las puertas del infierno, o algo así. Para ser más claritos en la cosa, alguien que se reúna con Hugo Chávez en un apartamento en Caracas, y cuando sale tiene tres tipos ahí malencarados, con una chaqueta negra y un pistoletón asomándose; o te han “espichado” los cuatro cauchos, o te robaron el carro. A lo mejor, si el carro les gustó, se lo llevaron. O no te dicen nada, sino que te miran así refunfuña'o. Y cuando tú prendes el carro y sales a las diez, once de la noche, te siguen tres motorizados hasta tu casa y te pasan muy cerca. Cuando

llegas a tu casa, a los dos minutos abres la puerta, entonces una llamada telefónica, si tienes celular a tu celular, si no a tu casa, y atiende tu señora o tu hija o tu hermana o tu mamá, y es una voz extraña que te dice: “Te vamos a matar. Sé que te reuniste con Chávez. Prepárate”. Guerra psicológica.

Y muchas veces no solo amenazas, a veces secuestro, agarrar a alguien, meterlo en un carro, darle vueltas por Caracas ahí acostado en el piso y dejarlo en la Cota Mil; o meternos a un calabozo, allá en el Helicoide, cuando la Disip estaba en manos de, bueno, imagínense ustedes, quiénes estaban ahí. Y torturas, por supuesto. No estoy hablando de poesía, estoy hablando de cosas muy reales. Creo que Freddy Bernal estuvo preso más de veinte veces en los sótanos de la Disip, porque les daba la gana. Al coronel Dávila, actual ministro del Interior, preso, agárrelo y lléveselo. Casas allanadas. Aquellas damas, amigas, de Catia, que estuvieron seis meses presas. Les sembraron unas granadas y les pusieron no sé qué cosa y detrás venía una cámara de televisión y un periodista pagado por ellos mismos, unos testigos: “Aquí está, mire, conseguimos esto”, un fusil, unas granadas de mano y dos mujeres presas: “Rebelión militar”. Imagínate tú, seis meses en la cárcel de Ramo Verde, de Los Teques. No estamos hablando de puros cuentos, cosas reales. Madres de familia, bueno, de ahí venimos.

TOMÁS MONTILLA

Estaba recordando a algunos maestros de la primaria, profesores de secundaria. Uno de ellos siempre me llamó la atención. Es uno de esos maestros, profesores, que a uno se le quedaron para siempre en el recuerdo y en el alma. Recuerdo a mi profesor de secundaria. Él nos hablaba de la vida. De vez en cuando llegaba

con un cuatro al salón de clases y nos daba un recital, nos cantaba unas canciones. Nació en la montaña, por allá en Barinas, en el pie de monte. Nos hablaba mucho de las cosas malas y las cosas buenas de la vida. Es uno de esos profesores como Carmen Landaeta, mi profesora guía de primer año de bachillerato; o como “Torombolo”, que murió hace poco en Barquisimeto; un guaro que llegó a Barinas y nos daba clases de matemática. Era un amigo, un compañero, “Torombolo”. El profesor Lozada, que murió hace poco.

Y con ellos llegó también este muchacho que nos tocaba cuatro de vez en cuando, cantábamos con él cuando cumplía año uno de nosotros. Nos hablaba de las “basuras” de la vida: “Muchachos, cuando vayan por la calle y vean basura, si no pueden quitarla porque es más fuerte que ustedes, véanle no el olor, a lo mejor huele mal, véanle el color y la armonía de los colores”. Era un artista. Era Tomás Montilla. Ha muerto, me enteré hace unos días. A su familia todo mi sentimiento, y a él, mi profesor Tomás Montilla, nuestro recuerdo y homenaje. Yo tenía muchos años que no veía a Tomás Montilla. Una vez lo andaba buscando, cuando estábamos armando el proyecto revolucionario rumbo al 4 de febrero. Porque él era un revolucionario, y un compañero militar, me habló de Tomás Montilla. Me dijo: “Hay que hablar con Tomás Montilla, en Guanare”. Yo dije: “¿Tomás Montilla? Ese fue profesor mío, ¿será el mismo?”. Y sí, era el mismo.

Una madrugada llegamos a su casa, hablamos. Y Tomás Montilla haciendo sus reflexiones, sus comentarios. Él supo que estaba en marcha un proyecto revolucionario y supo que uno de sus alumnos de Barinas, del Liceo O’Leary, andaba en eso: Hugo Chávez. Años después nos conseguimos aquí en Guanare. Cuando vino Fidel Castro, Montilla nos deleitó un rato allá, en una finca donde fuimos, apurados siempre. Pero él salió con su cuatro a cantarle a Fidel Castro.

CARLOS ALCALÁ

Carlos Alcalá entró al Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 cuando era brigadier, después se hizo piloto de helicóptero. El 4 de febrero ellos hicieron algo más allá de lo que tenían que hacer. Es el coraje y el compromiso de los hombres. Recuerdo que los helicópteros nuestros de la revolución se los llevaron de Caracas para San Carlos, llegaron allá en la tarde del lunes 3 de febrero. Carlos y Chacón Roa llegan a decirme: “Tenemos problemas, sacaron los helicópteros de Caracas”. Fueron a pedirme apoyo para mover unas de tropas paracaidistas, tomar el aeropuerto de San Carlos y volar los helicópteros. Les dije que si estaban locos, porque ya eran como las seis de la tarde. De Maracay por tierra eran como dos horas, sacando cuentas ellos iban a llegar como a las nueve de la noche al aeropuerto de San Carlos.

Mientras tomaban el aeropuerto, tomaban los helicópteros, iban a despegar a las once, doce de la noche. Pero no tenían equipos de visión nocturna. “Ustedes están locos, así que no, vámonos por tierra para Caracas”. Ya yo estaba listo, rumbo a Caracas, con los paracaidistas. Entonces, vienen Carlos y el Chacón, ¿saben lo que me dicen?, rebeldes al fin, estaban ya rebeldes: “Mi comandante, nosotros tenemos muchos años esperando este día para no cumplir nuestra misión, tenemos que volar esta noche”. Al fin me convencieron, les di las tropas y se llevaron el helicóptero, volaron de noche. No sé cómo hicieron, volaron sobre Caracas. Vi cuando pasaron allá, allá van los muchachos y después, sin gasolina, sin combustible se lanzaron y cayeron por allá, en el Country Club. Cumplieron su misión, soldados de cumplir su misión, soldado de la patria, Carlos Alcalá.

4 DE FEBRERO

El 4 de febrero de 1992 la operación fue exitosa en el Zulia, fue muy exitosa en Maracay, en Valencia también; pero aquí en Caracas no funcionó el plan por distintas razones, entre otras porque en la Escuela Militar alguien nos traicionó. La decisión que el comando había dejado en mis manos estaba tomada, solo tenía yo que pulsar un botón, en función de algunas informaciones que me iban llegando, especialmente una de ellas, el retorno de Carlos Andrés Pérez el lunes en la noche. Lo voy a decir por primera vez: el “Indio” Pérez Ravelo, hoy general, comandante de la Brigada en Paraguaipoa; pues el indio, mi ahijado, era teniente y estaba aquí en la Casa Militar. Él tenía, entre otras tareas, que informarme de la llegada del Presidente, y me lo confirmó directamente el viernes por la tarde.

Así que, con base en esa información y otras más, tomé la decisión, el lunes 3 de febrero a la media noche, y empezamos a alertar a todos. El domingo íbamos informando por etapas; teníamos un sistema de seguridad que funcionó casi en un cien por ciento. Pero resulta que cuando el domingo por la noche le informaron a un oficial que trabajaba en la Academia Militar, a quien yo quise mucho, como un hijo en verdad y le recuerdo con afecto. El muchacho resulta que estaba de amores con la hija del director de la Academia Militar, y había perdido aquella estirpe revolucionaria que todos le reconocimos durante varios años, desde que era cadete. A ese muchacho lo dieron de baja de cadete y yo lo ayudé a ingresar de nuevo, porque ya él estaba en el movimiento. Yo estaba de jefe de deporte y le ayudé a redactar la carta de solicitud de reingreso; fui uno de los que más defendió su regreso. Reingresó, no por mí, él tenía condiciones y, en verdad, le habían raspado una materia, pero iba muy bien en las demás y ya estaba en tercer año, bueno, en definitiva se graduó. Pero el muchacho nos delató,

claro, él con un pie en el infierno y el otro quizás en el purgatorio, entre dos aguas. No dijo todo y eso le valió que después también lo apretaran. Por ejemplo, no dijo que yo era el jefe del movimiento, ni sobre Arias Cárdenas, y él sabía. Le dijo a su jefe, a su general y suegro: “Mire, hay un golpe de Estado, van a tomar la Academia, y a mí me toca ponerlo preso a usted y yo no quiero hacer eso”. Aquí en Fuerte Tiuna dio otros nombres de algunos compañeros de él, pero hasta ahí llegó. Lo interrogaron varias veces y no dio más, no soltó más prenda. Sin embargo, todo lo que él dijo le permitió al Alto Mando tomar medidas dentro de Fuerte Tiuna.

Yo había mandado el viernes anterior la *Chester*, aquella camioneta grande de comunicaciones que era de los Paracaidistas, que nos hubiera permitido tener comunicaciones de largo alcance; la mandé de Maracay para Fuerte Tiuna, en Caracas, con una orden de reparación. El jefe de esa unidad era Campos Aponte, capitán de las comunicaciones de la Brigada de Paracaidistas y juntos lo planificamos. Mandamos al sargento con los soldados, simulando que estaba dañada la *Chester*. Mentira, no tenía nada, estaba perfecta, más bien la habíamos repotenciado, comunicaciones de USB, *single saivan*, no sé cuántas cosas más. ¡Hasta con la luna se comunicaba esa Chester bolivariana! El lunes no entró a taller, estaba esperando la hora acordada, las seis de la tarde, para moverla. ¿Cuál era el plan? Moverla primero a donde estaba el sargento Reyna Albia, en la esquina de Pepe Alemán, en San Juan, donde está la antigua Intendencia Militar. Ellos la iban a tomar. Luego, cuando tuviéramos más avanzada la operación, la iban a mover hacia el Cuartel de la Montaña, que era el centro de comunicaciones. La Chester no pudo salir de Fuerte Tiuna, prohibieron la salida de todo vehículo militar y allá se quedaron. Y no solo eso, sino que cuando se dieron cuenta que era la Chester de Maracay, ¡pung!, metieron preso al sargento, al soldado, y les quitaron la camioneta y no tuvimos comunicaciones el 4 de febrero.

Hace poco estábamos conversando con el comandante Alastre López, quien fue uno de los oficiales que vino con la columna de tanques de Fuerte Tiuna. Esa fue una acción suicida que tomaron Blanco La Cruz, Díaz Reyes, Blanco Acosta, Alastre López, Ávila Ávila, Florencio Porra Echezuría. Como diez oficiales de los nuestros tuvieron que esconderse en la habitación de Díaz Reyes, que estaba en la Escuela de Blindados; los andaban buscando por todo Fuerte Tiuna. Ellos mandaban a alguien que se asomara a ver qué pasó; no había celulares ni nada. Ellos no sabían incluso si nosotros veníamos de Maracay para Caracas. Mandaron al capitán Blanco Acosta que fuera en su carro rumbo a Maracay: “Vete para Maracay, ve a ver cómo sales del Fuerte, ve a ver si mi comandante Chávez viene o no viene, o estamos nosotros aquí solos y nos van a agarrar aquí encerrados”. Andaban solo con la pistolita. Blanco Acosta no sé cómo salió del Fuerte en su carro, ya de noche, rumbo a Maracay. Después del túnel de Los Ocumitos vio que venían unos autobuses con paracaidistas, y se devolvió brincando la isla como alma que lleva el diablo. Entró no sé cómo a Fuerte Tiuna, porque lo andaban buscando, llegó de nuevo a la habitación y les dijo: “Ahí vienen los paracaidistas y nosotros aquí encerrados”. Entonces, decidieron salir con las pistolas nada más, ya de noche, eran como las once, un poco tarde ya. Pero asumieron el riesgo y se fueron en dos carros, aquellos carros atiborrados de oficiales, agachados ahí. Llegaron a la puerta del Cuartel de los Tanques, del Ayala, al lado de la misión militar yanqui que estaba ahí, y a punta de pistola someten al de guardia. Todos esos cuentos me los echaron a mí, después en la cárcel.

Tomaron el cuartel, agarran jugando truco a los comandantes, que estaban ahí bebiendo “güisqui”, sacan los tanques, y ¡pung!, se vienen para acá. Pero los tanques no tenían munición. Ávila Ávila le dice a Blanco Acosta: “Mire, estos tanques no tienen munición”. ¿Y qué dijo Blanco?: “Qué importa que no tengan munición,

chocaremos contra ellos, utilizamos la fuerza de choque”. “Mire que los radio...”. “Qué nos importa que no tengan radio los tanques, nos gritaremos a viva voz, y vámonos”. Y se vinieron. Incluso desfilaron delante del comandante de la Brigada, el general Tagliaferro, porque el Alto Mando se quedó esa noche en Fuerte Tiuna, alertado del movimiento. Tagliaferro llega a la puerta del cuartel, pero cuando los tanques vienen saliendo, ¿qué podía hacer él? Nada. “¡No se lleven los tanques!”. Parece que hasta un perro, que era la mascota de los soldados, venía con ellos.

Hay muchos chistes. Florencio Porras Echezuría, que es un genial muchacho y, entre otras cosas, un gran caricaturista, hizo en la cárcel muchos de esos cuentos. Entre otras historias, hay una del comandante del Batallón de Tanques, que fue un buen amigo mío. Lo recuerdo con cariño y me dio cierto dolor, porque hasta ese día su carrera iba bien, pero le quitamos los tanques. Ese buen amigo, que era más antiguo que yo, era comandante porque el Alto Mando, como estrategia, a mi promoción no nos dieron comando de batallones de tanque. A mí me tocaba comandar uno, porque yo era de Blindados. Esa era mi carrera, pero no me dieron comando. Les dieron batallones a unos oficiales que ya estaban por irse del grado de teniente coronel, pero igualito le quitamos los batallones con los capitanes, los tenientes y los sargentos.

Entonces, dicen que ese comandante vio un tanque que se quedó ahí al frente del comando; se habían ido todos los tanques, menos uno. El cañón quedó apuntando a la puerta del comando. Después que se fueron todos, sale con la pistola y gritaba: “¡Soldados!, ¡no disparen, soy su comandante!” Y él ahí, con la pistolota apuntando al tanque, imagínate tú, en un gesto de coraje y de dignidad, hay que reconocerlo, pues le llevaron todo el batallón. Pero quedó uno y él iba a recuperar su tanque. Y el tanque parado ahí, y él con la pistola, pero no lo perdonaron y le pintaron su caricatura. Porque resulta que logra llegar hasta el tanque, después de mucha manio-

bra y gritos de “¡No disparen, soldados, que soy su comandante!”, y se movía por aquí, por allá, media hora estuvo en eso. Cuando subió por fin al tanque... estaba solo. Es que no había prendido el motor y lo dejaron. El tanque estaba solo, no había nadie. Esos son los chistes del 4 de febrero.

En Valencia, al general, comandante de la Brigada Blindada, cuando lo agarraron, parece que estaba medio borracho, porque tomaba mucho ese hombre. Los capitanes Valderrama, Arteaga Páez y Godoy Chávez llevaron al general al calabozo de los soldados, que está ahí a la entrada al cuartel. En el calabozo estaba un soldado que se la pasaba preso por faltón. El guajiro se despierta con aquel alboroto. Era ya medianoche. Prenden la luz del calabozo y cuando el guajiro ve que traen al general y lo meten le dice: “¡Verga, mi general! Tú sí eres faltón. ¿Qué hiciste, mi general?, ¿qué hiciste que te metieron preso aquí conmigo?”. Porque los guajiros tutean a todo el mundo. El guajiro no dice usted, es costumbre de ellos: “Tú, mi capitán”, “tú, mi teniente”. Yo tenía unos guajiros, los guajiros en los paracaidistas, eran un show porque no les daba miedo nada. Pero entonces, en la puerta del avión uno les decía: “Miren, que tienen que pegar los codos, tienen que saltar así”. Y ellos miraban, ¡jújú! Sí, con cara de susto, pero cuando les tocaba, saltaban de una vez: son audaces; bueno, indios al fin.

Ese 4 de febrero fueron hasta el Cuartel de la Montaña Fernán Altuve Febres, un viejo conspirador, que era asesor del ministro de Defensa, y Santeliz Ruiz, en un carro civil, pero Hermes Carreño le echó una ráfaga y casi se raspó ahí a Altuve y a Santeliz. Yo, ya como tigre enjaulado ahí, no tenía comunicaciones y finalmente los mando a pasar. Estaba rodeado, sin conexión con los tanques, sin conexión con el Zulia, ni con la base de La Carlota. Recuerdo que yo cargaba una granada de mano aquí, guindada en mi arnés, una granadita de mano defensiva. Cuando Altuve vio que ya tomé la decisión de rendirme, me dijo: “Comandante, este es un día

histórico, regáleme esa granada. Yo pelé por la granada y se la di, y creo que un pequeño radio que nunca sirvió para nada; él debe tener eso guardado”.

Altuve fue testigo de aquel momento en que yo reuní a las tropas que tenía bajo mi mando allí en el cuartel, oficiales y tropa y es lo que él llama “el primer por ahora”. Eso fue amaneciendo ya, el sol estaba levantando. Les di un saludo a mis tropas y oficiales y mandé: “Pabellones, armen, y a la izquier... Quedan a la orden del coronel del Museo Histórico y sus oficiales”. Entregué las tropas y pedí respeto para ellos, y es cuando me dice Santeliz: “Chávez, ahora hay que tener cuidado porque la orden es que salga de aquí muerto”. Santeliz, Altuve y el mismo Coronel del Museo ayudaron a simular, porque había francotiradores rodeando aquello, con orden de que yo no saliera vivo. Cuando me dicen que la orden es matarme y los F-16 pasaban muy bajito, entonces ahí me llegó la idea de la muerte. Yo dije: “¿Y por dónde vamos a salir para que no me cacen los francotiradores que ya han matado a por lo menos tres soldados de los míos?”. Me llegó la noción de la muerte, y ¿saben qué recuerdo? Un pensamiento rápido: “Rosita, María, Huguito, yo hoy no muero”.

NO LO PARABA NADIE

Carlos Andrés Pérez me conocía, yo trabajé con él y le hablé varias veces por distintas razones, de trabajo, sobre todo, ahí en SECONASEDE. Me conocía muy bien, Jesús Ramón Carmona, que era ministro del Despacho, y Heinz Azpúrua, que era jefe de la DISIP y estuvo detrás de mí durante cinco años, siguiéndome, buscando alguna cosa y siempre me dijo cada vez que me interrogó: “Puedes irte, Chávez, algún día cometerás un pecadillo. Yo te agarro algún día”. Un día después del 4 de febrero él fue al DIM y me llama

el general del DIM: “Mira, aquí está el general Heinz, que quiere hablar contigo”. “¿Quería una muestra? ¿Quería un pecadillo?”. “Bueno, -dijo Heinz- lo felicito Chávez, de verdad, no pudimos detener esto”. “No, es que no lo iban a detener, mi general —le dije yo— ni que me hubieran arrestado a mí, o a Arias, o al otro; esto no lo paraba nadie. Es un proceso imparable, inevitable, eso no depende de un hombre. Si usted me hubiera agarrado preso hace un año o dos años, quizás hubiera sido hasta peor”. Y en verdad era así, fue un proceso desatado. La revolución que volvía.

¿TÚ NO VES QUE SOY CHÁVEZ?

Marisabel me dio una sorpresa muy profunda y grata. Ella rescató, de algún rincón, una caja de cosas que se habían perdido. Ayer llegué y estaban ella, Rosinés y Raúl con unas agendas muy viejas, fotos, cartas. Comenzamos a sacar cosas, así como de un baúl, como un niño con juguetes nuevos. Y de aquellas agendas, la más vieja que conseguí fue la del año ‘81. Yo era teniente. Le dije a Marisabel: “Mira esto”. En las últimas hojas de la agenda un símbolo escrito en letras negras, unas siglas. Cuando vi eso se me vino una cabalgata de recuerdos. Claro, eran las primeras siglas del movimiento en el año ‘80 o el ‘81. ZMB: Zamora, Miranda y Bolívar, porque nosotros discutimos durante varios años sobre Miranda y nos fuimos a estudiar en la Colombeia y los archivos de Miranda, y estudiamos su trayectoria revolucionaria. Al final, después de discusiones y cosas, se impuso MBR, que primero fue EBR: Ezequiel Zamora, Bolívar y Simón Rodríguez. Andábamos buscando la raíz ideológica.

Después, buscando la otra agenda, la del ‘92, le digo a Marisabel: “¡Mira como se detuvo el tiempo!”. La agenda está llena hasta el 3 de febrero, y hay una nota del mismo 3 de febrero, que escribí

muy rápido: “Buscar a Garrido”. Era el coronel Garrido. Estábamos haciendo esfuerzos desesperados, de última hora, por garantizarnos el apoyo de la Fuerza Aérea. Y me dijo un piloto: “Busquen al coronel Garrido”. Yo lo anoté, aunque no me dio tiempo de buscarlo, porque andábamos en tantas cosas.

Recuerdo la noche del 4 de febrero, presos en el Cuartel San Carlos. Uno decía: “Bueno, hubiese sido mejor la muerte”, o en los sótanos de la DIM cuando ya nos llevaron, no tanto en el San Carlos porque estábamos juntos, el grupo y la capitanada y los comandantes. Nos abrazábamos y sentíamos el dolor, pero estábamos juntos. Pero luego nos llevaron a los sótanos del DIM y era cada uno solo por allá, en una celda fría, en unos sótanos, y uno se sentía como muerto. Hasta que comenzó a llegar ese pueblo. Recuerdo a la viuda de mi compadre Ortiz Contreras, que en paz descansa. Le dieron permiso para entrar, yo veo desde mi celda que sacan a Ortiz y empiezo a gritar: “¿¡A dónde lo llevan!?”. Era Mahuampi que había llegado y cuando Ortiz regresó, me lanza por la ventanilla un papel. Lo agarro y era una nota escrita por Mahuampi. Ella es socióloga y era profesora en la Academia Militar; la habían botado en esos días. Tengo todavía eso guardado. Es un billete al que le superpusieron mi rostro, y todo un mensaje revolucionario. Y, por detrás, un escrito de Mahuampi y de Miguel Ortiz.

Al día siguiente llegó un sacerdote a darnos un saludo y una Biblia; también me dejó un escrito que alguien mandó. Después llegó la familia. Más adelante, por fin, se rompió el bloqueo, empezó a llegar la prensa, nos llevaron un televisorcito y empezamos a percibir la efervescencia. ¿Cómo olvidar aquel carnaval del ‘92, donde todos los niños andaban de soldados? Recuerdo una entrevista que le hizo una periodista a un niño en la calle. Lo vi por televisión en el San Carlos: “¿Y tú andas disfrazado?”. “Sí, sí, yo ando disfrazado”, pero con una cara el niño de siete, ocho

años. Y le pregunta: “¿De qué andas disfrazado?”, y el carajito le responde con aquella viveza y le dice: “¿Tú eres boba? ¡Tú no ves que soy Chávez!”.

POR AHORA

Esto es de la cárcel. Escribí este poema con unos dibujos. Así se veía desde mi celda la garita del soldado que estaba aquí arriba vigilando las montañas de Yare, porque es un valle. Así se veía la luna en las noches claras, o la plaza Bolívar, por varias ventanas. Eran vistas que uno tenía. Yo pasaba las horas dibujando, escribiendo, estudiando y leyendo mucho. Estas letras se llaman “Rendición”, las había escrito en la DIM en un papelito, en la celda. Fue el 6 de febrero, solo que lo pasé después a este cuaderno estando en Yare. Estaba muy fresco el 4 de febrero. Vean cómo dice:

*Aviones rasantes, centellas enemigas
miles de ojos miran inocentes
niños enjaulados en latas y cartones
a las faldas de la colina
me escudriñan los ojos amanecidos de mi tropa rebelde
rojos de boinas, tricolor de brazalete
“mi comandante, peligra la Patria”
volaremos de nuevo como águilas
paracaidistas por Venezuela.
Incertidumbre terrible, suicidio sin sentido
genocidio, fratricidio
¡No! Abajo los fusiles, armen pabellones
silencio en los cañones
y un frío profundo en el corazón como de muerte.
¡Rendición, muchachos! Por ahora.*

A la Luna le cantábamos también, a la Luna de Yare:

*Luna llena de Yare, te levantas
con el don de recorrer todo con tus ojos invisibles.
Jinetes negros alargados en caballos de viento
te circundan, los desprecias y te alzas
pretenciosa novia, eterna enamorada.*

*Luna llena de Yare, diez rebeldes te cantan
y su grito cruza espacios negros, vacíos.*

*Oye, luna, nuestra voz de insurrección pasada y por venir.
Luna aquella, tú misma, de febrero aliada sin fusiles
miraste la tormenta, mil segundos en mil sitios.*

*Luna de los valles, te fuiste enamorada
de soldados danzantes hacia el norte
compañera, te vi roja aquella noche de boinas luminosas
hoy te cantamos cabalgando tu luz sobre caballos negros
rumbo al norte, luna llena de Yare.*

GUASIPATI

Pasamos en San Carlos esos primeros días, que era todo un alboroto. El gobierno estaba muy nervioso, porque éramos muchos. En verdad, la del 4 de febrero es la más grande rebelión militar de toda la historia venezolana, de su tipo, pues. No se trató de una guerra, gracias a Dios. Una rebelión de un día, doce horas, pero de su tipo la más grande rebelión militar venezolana y casi diez mil soldados, centenares de oficiales. Los golpes de Estado que aquí habían dado eran general-

mente de un grupito, una cúpula, y esto fue una rebelión desde abajo.

En esos días hay un oficial al que llamamos Guasipati, un muchacho que tiene mucha chispa y era del equipo. Lo poníamos a robar base, era rápido y faramallero, porque era malo bateando. Lo poníamos de emergente cuando queríamos agarrar una base por bola. El se agachaba, agachadito, y le daban base por bola o buscaba pelotazo. Muy mañoso y famoso en todo el Ejército. Guasipati estaba preso, a pesar de que estaba enfermo por un accidente aéreo. Sin embargo, se fue a la rebelión. Como había gente de inteligencia tratando de oír lo que hablábamos en las celdas, se ponía Guasipati detrás de una puerta por allá, simulando que estaba hablando por radio: “Tigre uno, cambio”. Y otro por allá contestaba: “Adelante, Tigre uno”. “Mira, el plan B está listo, mañana salimos de aquí”, muevan no sé qué, y los demás oyendo y pasaban la novedad. “Mire, ¿hay un plan B?”, y generaban un movimiento y toda una serie de chistes y cuentos de cosas que pasaban en la cárcel.

MI GENERAL PÉREZ ARCAY

Mi general Pérez Arcay nos conoció el alma a la muchachada militar de los ‘70. En una carta de Pérez Arcay, como una espada, nos dice: “Alguien tenía que hacerlo, les tocó a ustedes, muchachos, estoy con ustedes”. A Yare fue una vez a vernos en prisión. No lo dejaron entrar y se quedó parado de plantón. Le dijo a un oficial: “Capitán, soy el general Pérez Arcay, como no me dejan entrar, vine a pagar plantón frente a mi comandante Chávez, que está allá adentro”. Aquel general se paró dignamente debajo del sol durante tres o casi cuatro horas, pagando un plantón ahí, llevando sol frente a Yare, como espionando cosas. Es uno de nuestros grandes maestros: Jacinto Pérez Arcay. Por cierto, mi general, lo felicito, le

parió la mujer otro hijo. ¡Ah!, mi general, por eso es que es bueno llevar el ritmo de vida que llevamos nosotros, el ritmo de vida que uno lleva, a los setenta todavía puede tener un muchacho. Él tiene varios hijos a lo largo de su larga vida. Uno de sus hijos –fíjate como es la vida– estaba en mi batallón el 4 de febrero, el día de la rebelión. Así que uno de sus hijos fue a prisión, José Rafael. Pérez Arcay iba mucho al batallón; tenía dos hijos en el Cuartel Páez de Maracay. Una noche casi que le digo: “Mi general estamos a punto de alzarnos”, sólo que la disciplina revolucionaria me impidió decírselo. Yo estaba seguro que, de decírselo, él se hubiera incorporado al movimiento revolucionario. Desde sus tiempos de teniente coronel –éramos nosotros imberbes cadetes– nos hablaba en el Patio de Armas: “Muchachos, Bolívar; muchachos, Sucre; muchachos, Miranda; muchachos, Zamora; ahí está la raíz de ustedes, muchachos militares del siglo XXI”. Hace años le nació un varón, ¿saben qué nombre lleva? ¡Jesús!; y hace otros tantos una niña que yo conocí chiquitica. Se llama Bolívar y le decimos “Bolivita”.

ELIÉCER OTAIZA CASTILLO

Otaiza Castillo, este muchacho que está vivo gracias a Dios. ¡Ese muchacho es un soldado! El 4 de febrero no pudo hacer nada porque no le avisamos. Estaba lejos, en un curso. Regresó al país, al ejército y se puso a trabajar. Se metió una vez en la cárcel de Yare disfrazado de mujer, y se veía muy fea, por cierto. “¿Quién es esta negra grandota que entró aquí?” Otaiza disfrazado de mujer, en Yare, en una celda allá, y tuve que entrar yo y le dije: “¿Pero tú eres loco?”. Era teniente activo, chico, y tenía un plan para sacarnos. Le dije: “No, ya va, un momentico”, porque es un soldado combatiente y andaba encendido: “Mi comandante, lo vamos a

sacar. Tenemos tres helicópteros”. Y le dije: “No, no te pongas a inventar, que la cosa va bien. Aquí estamos tranquilos, sigan ustedes allá afuera”. Al tiempo me entero que andan formando los grupos. ¿Quién podía parar eso? Era una ría que se venía encima. El pueblo estaba encendido y los militares también. Nadie podía parar el 27 de noviembre.

Otaiza es un soldado que, con su sangre, regó las calles de Caracas el 27 de noviembre. Fíjate lo que hizo junto a otro muchacho que sí perdió la vida, entrando allá al Palacio. Ellos estaban en las inmediaciones de Fuerte Tiuna en la madrugada, esperando. No tenían comando de tropa porque andaban rebeldes y los tenían muy vigilados. Unas tropas del Fuerte Tiuna que iban a salir hacia Miraflores no salieron, porque algunos oficiales develaron el plan. Estos muchachos ven que sale el sol y no había tropas, estaban solos, solos con sus fusiles y una pistola. Decidieron, cual locos patriotas, irse al Palacio de Miraflores. Y le han entrado a plomo a las puertas de Miraflores. A Otaiza le dieron cuatro tiros de fusil en el pecho. Pero es un atleta, un hombre muy joven, con gran vitalidad. Lo dejaron por muerto. Él confiesa que sintió que se moría. Los médicos del Hospital Militar dicen que llegó clínicamente muerto. Pero le vieron alguna señal, tú sabes, de posible vida, y lo metieron al quirófano, y allí está Otaiza, chico.

Él pasó todos estos años estudiando, es doctor en ciencias políticas, un hombre muy inteligente. Después se recuperó tanto que fue a un mundial de natación y ganó, trajo su trofeo. Y ahora resulta que una madrugada de estas me dijo: “Mi comandante, quiero hablar con usted”. Porque él estaba en mi caravana, fíjate tú, él estaba en seguridad, había hecho cursos especiales de seguridad y es comando. Me dijo: “Mi comandante, yo me quiero ir para la Constituyente”.

REYES REYES: “ME VOY CONTIGO, HERMANO”

Luis volaba F-16, *Mirage*; piloto de bombarderos y de combate. Es hermano de la vida. Es de Barinas, estudiamos bachillerato juntos y nos fuimos juntos, él a la aviación y yo al Ejército. Lamentablemente, un hijo de Luis nació con problemas en el cerebro. Lo recuerdo toda su vida con ese niño, Tuto, que Dios lo tenga como angelito en la gloria. Por Tuto luchamos muchos años. Se lo llevó al exterior, le hicieron tratamientos de todo tipo, y bueno, el niño vivió feliz, eso sí, hasta los doce años, más o menos. Pero fueron años terribles. Tenía dos años cuando Tuto comenzó con su problema.

Unos días antes del 4 de febrero yo le decía a Luis: “Quédate en tierra, no vuelas”, porque él tenía mucho tiempo sin volar. Se fue a Estados Unidos, a trabajar allá un tiempo por lo del tratamiento del hijo. No es lo mismo agarrar un carro que volar un F-16, después de cinco años sin volarlo. Es muy peligroso. Pero él estaba entrenando escondido, se metía al simulador de vuelos de madrugada. El 4 de febrero no pudo salir a volar. Estuvo preso unos días, no le probaron que estuviera comprometido. Salió de nuevo a la Fuerza Aérea, vigilado por su hermandad conmigo. Pero regresó a trabajar con Castro Soteldo y a preparar la rebelión aérea que funcionó el 27 de noviembre.

Y salió a volar ese día, en un *Mirage*. No pudo montarse en el F-16, porque al grupo de F-16 no lo pudieron controlar, y eso fue una de las causas de la rendición del 27. Ese grupo tiene mucho poder de combate en el aire, el F-16. Pero sí tomaron los grupos de *Mirage*, y él tenía muchos más años que no volaba *Mirage*. Ya levantado el avión, con su hijo y su problema y su mujer, mi comadre, que Dios la bendiga y todos sus muchachos, que son una extraordinaria familia, se fue. Combatió en el aire, voló sobre Caracas. Quizás lo que hizo más noble todavía fue cuando se enteró, volando, que la derrota era inminente. Él estaba pensando

dónde aterrizar y entregarse, pero supo por radio que Visconti levantó vuelo con el avión Hércules, y los oficiales que se fueron al Perú. Iban a mandar a perseguir el avión, incluso Carlos Andrés Pérez dio la orden de que, si había que tumbar ese avión con toda esa gente adentro, que lo tumbaran.

¿Sabes lo que hizo Reyes? Llamó a sus compañeros por radio y se fueron tres *Mirage* a escoltar el avión. Iban a los lados escoltando al Hércules de Visconti, hasta que llegaron a la frontera. Ellos han podido seguir con el avión de Visconti, y asilarse. Reyes en la frontera se devolvió, pensó en su familia, su hijo, aterrizó en Barquisimeto, donde ellos viven y salió con los brazos en alto. Estuvo en prisión con sus dolores, salió de prisión y, lamentablemente, al poco tiempo a Tuto se lo llevó Dios. Luis salió de prisión y se dedicó a su hijo. Yo lo entendía, por supuesto que no podía pedirle que me acompañara. Casi lloro cuando recuerdo esto. Delante de la tumba de Tuto, cuando le pusimos la corona, me dijo: “Hugo, ahora que Dios me llevó a Tuto, me voy contigo, hermano”.

FRANCISCO AMELIACH

Me refiero al mayor Ameliach Orta, que se fue de baja hace una semana. Iba de primero en el curso de Estado Mayor, iba a ascender a comandante pronto, y ha pedido la baja. Ese muchacho amaneció el 27 de noviembre allá en las montañas de Yare, echándole plomo a Yare cuando querían sacarnos de allá. Se vino de Oriente cruzando las sabanas con cuatro soldados, como loco, desesperado, para sacarnos de allá, al comandante Chávez, a Arias, y a todos los de Yare. No pudieron hacerlo, salieron algunos heridos. Cuando no tuvieron más munición se fueron. ¡Fíjate tú!, tan hábil que se fue de nuevo por la sabana vestido de civil en un camión de ganado, y llegó en la noche a su puesto en Cumaná.

Nadie se enteró que había estado en Yare echando plomo, ese día. Así que pasó allí, ascendió a mayor. Estaba en curso para comandante, iba de primero, pero se me presentó en Miraflores y, dando una demostración más de sacrificio, me dijo: “¡Mi comandante, llegó la hora. Me voy!”. Y yo sé lo que eso significa para un soldado, dejar el uniforme. Ayer lo conseguí allá, de candidato a la Constituyente. Francisco Ameliach Orta, él decidió hacer eso. Ni le di la orden, como tampoco le di la orden de que viniera de Cumaná a echar plomo, jugándose su vida, dejando sus hijos, su familia, a tratar de sacarnos de Yare, el 27 de noviembre.

LUCAS RINCÓN

Como a las siete de la noche me llama alguien, extraoficialmente, del Consejo Electoral: “¡Comandante, ganamos!”. Yo tenía certeza de la victoria, pero teníamos mucha tensión por el golpe de Estado que estaban montando en el Consejo Supremo Electoral, manejado por las mafias. Las computadoras las manejaban ellos. Aquí votaban los muertos y volvían después, otra vez, a la tumba. Y siempre votaban por AD y Copei. Los muertos que salían eran adecos y copeyanos. Entonces, ellos tenían un plan. Primero, tumbarnos la mayor cantidad de votos, para que la diferencia fuera muy poca y, entonces, escamotearnos el triunfo. El otro plan era un golpe de Estado. Recuerden ustedes a aquel jefe del Ejército que había, y generales.

Aquí en Maracay estaba un general que se portó muy bien. El general Lucas Rincón era comandante de la División Blindada, quien me conocía de tiempo atrás. Entonces, un día que vine a hacer campaña, en Maracay, Lucas me mandó un mensaje con un oficial retirado. Y nos reunimos escondidos, por allá por El Limón. En una quintica, por allá estaba Lucas bajo una mata de

limón, teníamos tiempo sin vernos. Del 4 de febrero para acá, más nunca nos habíamos visto. Yo estaba en el Batallón de Paracaidistas, y Lucas era director de la Escuela Técnica. Me invitaba a veces a almorzar y me visitaba allá, fuimos amigos. Entonces, él me dice: “Mire candidato”, con mucha seriedad un general a un candidato. Y me explicó lo que él sabía del golpe de Estado que estaban montando algunos generales. Casi todos después aparecieron en el 2002, dirigidos desde PDVSA y otros sectores de poder.

Años después supe que Lucas Rincón mandó a poner explosivos en el peaje de La Cabrera. Un grupo de oficiales estaba montando el contragolpe, cómo frenar el golpe, cómo neutralizarlo. El Gobierno había puesto en Valencia a un general, de esos arrastrados, comandante de los tanques. Tenía la orden de mover los tanques hacia Caracas para evitar el triunfo de Chávez, ¡así mismo! Y esa fue una de las cosas que me dijo Lucas; porque aquel general era subalterno de Lucas, pero no le hacía caso, recibía órdenes de Miraflores. Así me lo dijo Lucas: “Mire, candidato, ese general no me obedece. Así me dijo un día, ‘mi general, yo no recibo órdenes tuyas, recibo órdenes de Caracas’”. Entonces, Lucas como no tenía otra alternativa, dijo: “Bueno, si vienen los tanques volamos el viaducto”. Le pusieron dinamita por debajo unos oficiales nuestros, unos tenientes y capitanes, del arsenal de ahí, donde están los explosivos. Resulta, que después con la victoria se les olvidó y pasó Navidad, Año Nuevo... cuando alguien dijo: “¡Epa!, ¿y ustedes quitaron allá los tacos de dinamita?”. No, nadie, allá estaban. Afortunadamente, eso tiene su seguro, su dispositivo de seguridad; pero vean cómo estaban las cosas.

Lo cierto es que después a mí me llaman por teléfono: “Comandante, ganamos”, y el pueblo en la calle. Era la orden que dimos al partido y a los aliados: “pueblo en la calle”. Incluso, un coronel amigo estaba a media cuadra con un grupo de militares armados, por si venía el golpe. Ya ellos sabían, ya teníamos un

plan para movernos a un cuartel, golpe y contragolpe. Entonces, me dicen: “¡Ganamos!”. Recuerdo que estábamos recibiendo a Noemí Sanín; estaba de visita aquí, pidió hablar conmigo. Ya estaba anocheciendo, cuando anuncian por televisión el primer resultado, que era irreversible. La victoria, pues. A los poquitos minutos después, llegó la Casa Militar: “Presidente electo, a la orden”. “Ajá, bienvenidos, dales café”. “No, no, muchas gracias. Vamos para la Viñeta, móntense aquí para La Viñeta”. Se acabó mi libertad, compadre, hasta el día de hoy, hasta el sol de hoy. Y aquí vamos.

ME IBAN A MATAR

Los pobres viejos estuvieron en Palacio esa noche y mi madre me dio un mensaje de fortaleza pocos minutos antes de salir prisionero. Le dije a Marisabel: “Vete a Barquisimeto”, cuando la cosa estaba ya calentándose al rojo vivo. Salió con Rosinés, Raulito, su mamá. Y mis hijos más grandes, Rosa, María y Hugo, con un grupo de oficiales amigos. Los llevaron también a esconderlos en otro sitio, y yo a esas alturas no sabía nada de ellos. Entonces, me prestaron un celular, no me sabía los números. Le dije: “Mira, hazme el favor completo, consígueme los números de la familia”. “Pero, ¿dónde?”. “Bueno, llámame a alguien allá en Palacio” y la central telefónica. El coronel me da el celular prestado por un minuto, dos minutos. Ahí medio guilla'o y empiezo a marcar. No me cayó Marisabel, ni mi mamá, ni mi papá. Los celulares andaban muy mal. Gobernación de Barinas y el número era equivocado, era una casa de familia en Barinas, que deben recordar mi llamada. A lo mejor no me creyeron. Yo le dije: “Soy el Presidente preso; ¿con quién hablo?”. No, no, no sé qué. Me atendieron realmente, pero creo que no creyeron que era yo.

Luego cayó María Gabriela. Estaban en casa de unos amigos, en una playa por aquí, escondidos. Y le digo: “Dios te bendiga. ¿Cómo estás? Otra vez preso”. María tiene mucho temple y me dijo: “Bueno, que Dios te cuide, papá. Mucho juicio. Estamos bien. ¿Qué puedo hacer?”. Le dije: “María, solo te pido algo, cuídate primero que nada y, segundo, hija, llama al mundo, a quien tú quieras, no sé a quién, a un periodista, dile al mundo, o si llega a pasarme algo incluso, si no puedo hablar contigo más nunca, diles que nunca renuncié al poder que el pueblo me dio. Diles que soy un Presidente prisionero”. Y la pipiolita empezó a llamar gente y eso corrió por el mundo.

A los pocos minutos Marisabel cayó por allá, estaba en Barquisimeto, escondida en casa de unos amigos, en las afueras. Y los muchachos descansando. “Estamos bien, no te preocupes, aquí preocupados por ti”, y qué sé yo, un beso. Le dije: “Marisabel, cuídate, cuida a los niños, ten la calma, yo estoy bien, pero no tengo garantías de nada. No sé qué va a pasar esta noche”. Yo tenía la sensación y la certeza de que esa noche me iban a mover a otro sitio y no sabía para qué, porque estaban sueltas todas las fuerzas de los diablos. Yo llegué a confesarme ante Dios, porque estaba seguro de que me iban a matar.

EL CRISTO

Me traje un Cristo que me regaló ese general maestro, pensador general, Jacinto Rafael Pérez Arcay. Uno de mis maestros y uno de los generales insignes de este tiempo venezolano. Me regaló este Cristo allá en Palacio, cuando íbamos saliendo, y me dijo: “Que Dios te bendiga”. Y lo cargaré para siempre, así como cargo el escapulario de la Virgen del Socorro, la Virgen del Carmen que usó Pedro Pérez Delgado, “Maisanta” o “El Americano”. Lo cargaba

así agarradito, y lo tenía aquí. Y oía el grito por allá, de alguien que decía: “Hay que matarlo, es un asesino”. Había pasiones desatadas aquí, andaba el demonio por ahí suelto, andaba el mal. Eso se respiraba, el mal aquí, fuerzas oscuras como huracanes circundaban estos espacios, espacios que yo quiero mucho como soldado que soy.

GENERAL GARCÍA CARNEIRO

Quiero rendir tributo a esos soldados, que encarna Jorge García Carneiro, compañero de mi promoción, quien entrega el Ministerio de la Defensa después de treinta años de servicio militar, y en los próximos días será juramentado ministro de Desarrollo Social y Participación Comunitaria. A García Carneiro, José Vicente en un Consejo de Ministros lo despidió, le hicieron una despedida, y le dije yo: “No, hay que cantarle. ¡Volvió, volvió, volvió!”. Lo designé comandante de la Brigada de Mérida, fue el primer cargo que le di, era general de Brigada en el ‘99. Allá inventó el Plan Avispa: Autoconstrucción de Viviendas Sobre Parcelas Aisladas. Después lo mandé para San Cristóbal, comandante de la División, el Plan Bolívar 2000. Se la pasaba metido en los hospitales, me llamaba: “Mire que aquí falta esto”. Bueno, inspeccionando hospitales, ambulatorios, haciendo campañas de vacunación, campaña de salud, etcétera.

Después estuvo en la Casa Militar y un día me llegó con un proyecto para reacondicionar todo lo que es el Centro Simón Bolívar. Ahí está el proyecto avanzando, la Plaza O’Leary que estaba vuelta un desastre. Se la pasaba mandando a recoger la basura de las esquinas de Miraflores, esas acumulaciones de basura. Luego, a Miraflores lo convirtió, él más que yo, en un centro de atención social. Eso estaba lleno de gente, los pobres y él mismo

atendiéndolos, lo recuerdo clarito. Después lo mandé a comandar la Tercera División de Infantería, y ahí llegó el golpe. Es para la historia este general montado en un tanque de guerra, con un megáfono, diciendo: ¡Viva la Revolución! Y junto con él, la mayoría de los oficiales de la Fuerza Armada. García Carneiro fue un puntal en la resistencia, aquel día inolvidable, doloroso del 11 de abril, 12 de abril, 13 de abril de 2002.

Si él les contara lo que le pasó ese día, con unos golpistas, pistola en mano. Después se escapó de un cuarto donde lo metieron preso. Se fue para la DISIP. Cuando llegó allá, la DISIP estaba tomada por los golpistas y entonces muy hábilmente les dijo: “Vengo a buscar preso aquí a Carlos Aguilera. Me lo llevo preso”, y todo para evitar que lo detuvieran allá, o lo mataran. Y se lo llevó. Y luego, ministro de la Defensa, y todas las tareas que ha cumplido. Ustedes ven el proyecto Tiuna, primera vez que en Venezuela se hace un vehículo para nuestras tropas, para la defensa del país.

Y ha sido, yo lo llamaría, un campeón de la unidad cívico militar, el general García Carneiro, y de los proyectos sociales. Por eso se metió a fondo en el Hospital Militar. Hace como dos semanas el papá estaba enfermo y fue a visitarlo al Hospital Militar. Me llamó, pero con una indignación que tuve que decir: “¡Cálmate un poquito!”. Tenía razón para indignarse. A pesar de que él sacó no sé cuántos médicos escuálidos que había en el Hospital Militar, que no querían atender a los pobres, que le cerraban la puerta en las narices a los médicos cubanos, que no atendían a Barrio Adentro, todavía quedaba un grupito y él los consiguió. Esa madrugada había unos médicos cubanos con unos enfermos, y los escuálidos se negaban a atenderlos. Bueno mandó a ese grupito para su casa y los sacó del Hospital Militar. Esta frase es de García Carneiro, en alguna entrevista después del 11 de abril: “Un general con un pueblo detrás es invencible”.

DANILO ANDERSON

Todos recordamos aquí la tremendamente difícil etapa que nosotros pasamos, cuando el mismo Tribunal Supremo de Justicia tomó aquella decisión que sacudió al país: “Aquí no hubo golpe y el Presidente no estuvo secuestrado, sino custodiado por unos militares preñados de buenas intenciones”. Esa es la justicia que quieren estos. Eso sí lo aplaudieron, ¡qué cinismo! Esa noche me llamó alguien: “Métale los tanques al Tribunal Supremo, Presidente, no aguante eso”. “No, no le voy a meter los tanques, eso es lo que ellos quieren. Vamos a aguantar a ver quién puede más, carajo”. Aquí estamos y ellos huyendo como ratas, derrotados por la historia, por su propia sombra.

Recuerdo que vi a Danilo Anderson hablando en vivo en una rueda de prensa. Empezó a señalar cosas, y que iba a acusar a este y al otro, gente del poder. Porque muchos dicen que Chávez está acumulando poder. Ellos sí acumularon poder y vaya qué poder, presidentes que se subordinaban al Tribunal Supremo, a la Corte Suprema; asambleas y congresos, gobernaciones y alcaldías, y empresas, PDVSA, la CVG y bancos. Lo tenían todo en sus manos, todo el poder político, económico. Arrodillados ante el imperio.

Entonces, vi a Danilo y me llegó el instinto, ese que uno va desarrollando. Como uno tiene ya tantos años en esto, a veces un detalle es decisivo, y me dije: “Lo van a matar”. Y les juro que mandé por él, pero tenía que irme, no sé a dónde iba. “Llámenme a Danilo”. Y salió la caravana volando hacia Maiquetía. “¿Y Danilo?”. “No, que no aparece, que no responde”. “Que me lo ubiquen”. Regresamos. Danilo, ¡pum! Se fue Danilo. Llamó Isaías Rodríguez una noche: “Presidente, mataron a Danilo”. “No, dime que no”. Por eso es que yo insisto tanto en los detalles, por una llamada a lo mejor no lo hubieran matado. Yo le pedí que se mudara, le pusimos una seguridad especial, pero lo agarraron solo, descuidado.

SALÍ RESUCITADO

No estoy exagerando. Muchos hombres cumplieron un papel, algunos heroicos, algunos dieron la vida, pero las mujeres venezolanas cumplieron el papel determinante en aquellas jornadas de los días 12 y 13 de abril de 2002 de muchas maneras, en distintos espacios, pero sobre todo en la calle.

Y veía anteanoche unos testimoniales muy buenos que el Canal 8 ha preparado. Ese cerro de El Valle se vino abajo completo, el pueblo se fue hacia Fuerte Tiuna, desarmados, y al frente tenían unos tanques de guerra. Una mujer cuenta cómo un grupo de mujeres se paró frente a un tanque y empiezan a gritar: “Soldado, tú eres del pueblo”, hasta que se bajaron los soldados del tanque y se lo dejaron a ellas. Ahí se montaron, solo que no sabían manejarlo. Y así pasó en muchos lugares. En lo personal, a lo largo de esas horas que viví, aparecieron las mujeres de distintas maneras. La primera fue mi madre allá en Palacio. Esa madrugada apareció hecha huracán y recuerdo que me dio una lección de coraje. Ya yo había decidido irme a Fuerte Tiuna, no sabía que estaba en el Palacio a esa hora, ella llegó y se metió al despacho. Un grupo de traidores andaban allí ofreciéndose para el diálogo, iban y venían. Pero todos fueron unos traidores, otros cobardes. Estábamos conversando y llegó mi madre con un mensaje de coraje, de fuerza y de mucho amor, por supuesto.

Luego ya prisionero en Fuerte Tiuna, en la habitación donde me tuvieron preso desde el amanecer del 12, ahí en la Policía Militar, llegaron dos mujeres militares, fiscales muy jóvenes. Estaban amenazadas, presionadas, vigiladas, pero les permitieron entrar como para llenar un formato. Ellas hicieron un acta y yo les dije: “Pongan ahí, por favor, que yo no he renunciado”. Ya estaban diciendo por todos lados que yo había renunciado, era media mañana de aquel 12 de abril y ellas presionadas por un golpista

que estaba viéndolas allí, chequeando lo que escribían. Ellas no escribieron lo que yo les había pedido, así que firmé el acta y les dije: “Bueno, está bien”. Ellas se fueron. ¿Saben lo que hicieron? En letras minúsculas, chiquiticas escribieron debajo de mi firma. Nota: “Manifiesta que no ha renunciado”. Y cuando salieron del ámbito de vigilancia y presión de los golpistas, consiguieron y le mandaron una copia al fiscal general, Isaías Rodríguez. Esa es una de las causas o de los disparadores de aquella rueda de prensa que el fiscal Isaías valientemente da. Y él dice: “No hemos visto la renuncia firmada del Presidente, más bien tenemos evidencias de que él manifiesta que no ha renunciado. Por tanto, —dijo Isaías aquella tarde— sigue siendo el presidente”. Eso fue un mensaje que le dio como con un misil a la matriz de opinión que habían estado creando, a punta de repetición, de que yo había renunciado. Bueno, las dos muchachas, fíjate.

Después me sacan de Fuerte Tiuna y me llevan en helicóptero cerca de la media noche a Turiamo. Me querían matar en Fuerte Tiuna, pero un grupo de oficiales lo impidió, entonces me sacan a Turiamo. Allá también me querían matar, otro grupo de soldados lo impidió y obligaron más bien a los sicarios a devolverse en el helicóptero; empezaron a protegerme. Entonces me llevan a una enfermería de la base naval y aparecen otra vez las mujeres: una doctora y una enfermera, militares las dos. La doctora me chequea esa madrugada. Y la enfermera, una mujer joven, morena, de Barlovento me dijo que era. La doctora salió y ella se queda. Yo estaba con un shorcito, una franela y descalzo, porque no tenía nada, ni unas chancletas; preso es preso, pues. Yo le veo los ojos y ella me dice de repente: “¡Ay, Presidente, ay mi comandante!, yo que soñaba con conocerlo desde niña, pero jamás pensé que iba a conocerlo así”. Ella me vio derrotado, sentado ahí, yo estaba como abandonado, en verdad. Cristiano como soy, dije: “Bueno, lo que tú quieras, si me tocó morir hoy, aquí, es-

toy listo. Eso sí, si me toca morir, no voy a pedir clemencia, ni perdón, ni nada, sino que hay que morir de pie como murió el Che Guevara”. Entonces, aquella muchacha me dice: “Mi mamá lo quiere tanto. Y mi hijo, si usted lo viera cuando usted sale por televisión, se para firme y saluda”. Yo le pregunto: “¿Y tú hijo, cuántos años tienes?”. “Tiene tres”. “Cómo se llama”, y tal... Ella me habla y se va llorando. Exploté... y me metí en el baño a llorar, pero en esas lágrimas me pasaban todos los niños pobres del mundo, los descalzos... Fue definitivo aquel mensaje, porque incluso ella me dice: “¡Ay!, ¿qué será de mi hijo ahora?”. Eso me disparó un sentimiento especial que tenemos nosotros los revolucionarios por los niños, y entonces dije: “¡Dios mío!, ¿qué va a ser de los niños ahora, con este cuadro de escuálidos, de perversos, y de oligarcas controlando a Venezuela?, ¿qué va a ser de los niños venezolanos?”. Después me lavé la cara, me senté allá, en una sillita. Y juré una vez más: “Yo tengo que volver”. Aquello me dio duro en el alma. Salí de aquel baño resucitado, retomada la fuerza. Era tarde en la noche y cuando amanece ya yo estaba hablando con los sargentos y unos oficiales jóvenes que me custodiaban, haciendo el plan para irnos a Maracay. Pero no hizo falta, ahí llegó un helicóptero, nos fuimos a La Orchila y allá fue el grupo de paracaidistas y la Fuerza Aérea al rescate. Antes de que saliera el sol por tercera vez consecutiva, ya estaba de nuevo en Miraflores. Fue como un milagro. Venía en el helicóptero, y yo decía: “¡Dios mío!, ¿será verdad esto?”. Entonces me dicen: “Vamos a Maracay”. “A Maracay no, vamos a Caracas, vamos al Palacio”. “Que todavía no hay control sobre las adyacencias”. “No importa, vamos al Palacio”.

Y no solo en mis aconteceres directos de aquellas horas, sino en las calles, en los barrios, en los pueblos, la mujer venezolana dio una demostración contundente y heroica de lo que es capaz, de su fuerza, de su amor, de su coraje.